

cia que se llama crítica. Estos dos géneros de conocimientos son hoy día muy apreciados y estimados; el Clero que los posea con más ó menos extensión, según el país en que se encuentre y los hombres con quien esté en relación, podrá mejor mantener su dignidad y cumplir con los deberes de su cargo. El Ministro de Dios, debe, en efecto, «hacerse todo para todos y estar siempre pronto á satisfacer á todo aquel que le pida la razón de la esperanza que tiene en sí mismo».

Es, pues, necesario á los profesores de la Sagrada Escritura, y conviene á los teólogos, conocer las lenguas en las que los libros canónicos fueron primeramente escritos por los autores sagrados, sería también excelente que los seminaristas cultivasen dichas lenguas, sobre todo aquellos que están destinados á los grados académicos de la Teología.

Debe también tenerse especial cuidado en establecer en todos los Seminarios y Academias, como ya se ha hecho con razón en muchos de ellos, cátedras donde se enseñen las lenguas antiguas, sobre todo las semíticas y sus relaciones con la ciencia. Estos cursos se dedicarán especialmente á los jóvenes llamados al estudio de las Sagradas Letras.

Importa también por la misma razón, que los susodichos profesores de Sagrada Escritura se hallen instruidos y ejercitados en la ciencia de la verdadera crítica; desgraciadamente, y con gran daño para la Religión, ha aparecido un sistema que se adorna con el nombre respetable de «alta crítica», cuyos discípulos afirman que el origen, la integridad y la autoridad de todo libro nacen solamente, como ellos dicen, de sus caracteres intrínsecos. Por el contrario, es evidente que cuando se trata de una cuestión histórica, del origen y conservación de una obra cualquiera, los testimonios históricos tienen más valor que todos los demás, y son, por lo tanto, los que es necesario buscar y examinar con más cuidado.

En cuanto á los caracteres intrínsecos, éstos son, la mayoría de las veces, de mucha menos importancia; de tal suerte, que no pueden ser invocados para confirmar la tesis. De obrar de otro modo resultan graves inconvenientes.

Por eso los enemigos de la Religión tienen en ellos más confianza para atacar y batir en brecha la autenticidad de

los Libros Santos; este género de «alta crítica» que hoy se exalta conducirá en definitiva al resultado de que cada uno en la interpretación se atenga á sus gustos y á sus prejuicios. De este modo la luz, basada en las Escrituras, no se hará, y ninguna ventaja reportará para la ciencia; pero se manifestará con evidencia este carácter del error, que consiste en la diversidad y discentimiento de las opiniones. La conducta de los jefes de esta nueva ciencia lo está ya demostrando.

Además, como la mayor parte de ellos están imbuidos en las máximas de una vana filosofía y del racionalismo, no temerán descartar de los Sagrados Libros las profecías, los milagros y todos los demás hechos que traspasen el orden natural.

El intérprete deberá luchar en segundo lugar contra aquellos que, abusando de su conocimiento de las ciencias físicas, siguen paso á paso á los autores sagrados, á fin de poder oponer la ignorancia que éstos tienen de tales hechos, y rebatir sus escritos por este motivo.

Como estos ataques se fundan en objetos sensibles, son tanto más peligrosos cuanto que se esparcen en la multitud, sobre todo entre la juventud dedicada á las letras; desde el momento en que ésta haya perdido sobre algún punto el respeto á la revelación divina, no tardará en desvanecerse su fe en lo que se relaciona con todo lo demás.

Porque es demasiado evidente que tanto como las ciencias naturales son propias para manifestar la gloria del Creador grabada en los objetos terrestres, con tal de que sean convenientemente enseñadas, tanto son capaces de arrancar del alma los principios de una sana filosofía y de corromper las costumbres cuando se infiltran con dafadas intenciones en las jóvenes inteligencias.

También el conocimiento de los hechos naturales será una ayuda eficaz para aquel que enseñe la Santa Escritura, en efecto, gracias á él podrá más fácilmente descubrir y refutar los sofismas de todas clases dirigidos contra los Libros Sagrados.

Seguramente no puede existir ningún desacuerdo real entre la Teología y la Física como ambas se mantengan en sus límites, y euiden, según la frase de San Agustín, «de no afirmar nada al azar y de no tomar lo desconocido por lo conocido».

Si á pesar de esto surgiese discrepancia sobre un punto, ¿qué debe hacer el teólogo? Seguir la regla sumariamente indicada por el mismo doctor. «Cuanto á todo aquello que nuestros adversarios pueden demostrarnos con motivo de la naturaleza, apoyándose en verdaderas pruebas, probémosles que no hay nada contrario á estos hechos en nuestras Sagradas Letras. Mas en cuanto á lo que saquen de cierto de sus libros y que invoquen como en contradicción con estas Sagradas Letras, es decir, con la fe católica, mostrémosles que se trata de hipótesis, ó que dudamos en manera alguna de la falsedad de esas afirmaciones». (*De Gen. ad lit.*)

Para penetrarnos bien de la justicia de esta regla consideremos primero que los escritores sagrados, ó más exactamente «el espíritu de Dios que hablaba por su boca, no ha querido enseñar á los hombres estas verdades concernientes á la constitución íntima de los objetos visibles, porque ellas no debían servirles de nada para su salvación». También estos autores, sin dedicarse á observar bien la naturaleza, describen algunas veces los objetos y hablan de ellos ó por una especie de metáfora, ó como lo exigía el lenguaje usado en aquella época, y así se hace todavía hoy sobre muchos puntos en la vida diaria, aún entre los hombres más sabios.

En el lenguaje vulgar se designa primero y por la palabra propia los objetos que caen bajo los sentidos; el escritor sagrado (y el Doctor Angélico nos lo advierte) se ha fijado en los caracteres sensibles, es decir, en aquellos que Dios mismo, dirigiéndose á los hombres, ha indicado, siguiendo la costumbre de los hombres para ser comprendido por ellos.

Pero de que sea preciso defender vigorosamente la Santa Escritura, no resulta que sea necesario conservar igualmente todos los sentidos que cada uno de los Padres ó de los intérpretes que los han sucedido han empleado para explicar estas mismas Escrituras. Aquéllos, en efecto, dadas las opiniones corrientes en su época, tal vez no han juzgado siempre según la verdad, hasta el punto de no emitir ciertos principios que distan mucho en la actualidad de estar probados.

Es preciso distinguir con cuidado en sus explicaciones aquello que dan como concerniente á la fe ó como ligado con ella, de aquello que afirman de común acuerdo. En

efecto, cuanto á lo que no es la esencia de la fe, los Santos han podido tener pareceres diferentes lo mismo que nosotros; tal es la doctrina de Santo Tomás.

Este, en otro pasaje, se expresa con mucha sabiduría en estos términos: «Por lo que concierne á las opiniones que los filósofos han profesado comunmente y que no son contrarias á nuestra fe, me parece más seguro no afirmarlas como dogmas, aunque algunas veces sean introducidas en el razonamiento de aquellos filósofos, y de no designarlas como contrarias á la fe, por no facilitar á los sabios de este mundo ocasión de despreciar nuestra doctrina».

Por otra parte, aunque el intérprete debe demostrar que nada contradice la Escritura bien explicada á las verdades que aquellos que estudian las ciencias físicas dan como ciertas y apoyadas en firmes argumentos, no debe olvidar que á veces muchas de estas verdades, dadas también como ciertas, han sido inmediatamente puestas en duda y dejadas á un lado. Que si los escritores que tratan de los hechos físicos, franqueando los límites asignados á las ciencias en las cuales ellos se ocupan, avanzan por el terreno de la Filosofía emitiendo opiniones nocivas, el teólogo puede hacer llamamiento á los filósofos para refutar éstas.

Nos queremos ahora aplicar esta doctrina á las ciencias del mismo género, y principalmente á la Historia. Debe afligir, en efecto, que muchos hombres que estudian á fondo los monumentos de la antigüedad, las costumbres y las instituciones de los pueblos, y se entregan con este motivo á grandes trabajos, tienen frecuentemente por objeto encontrar errores en los Libros Santos á fin de dañar y quebrantar completamente la autoridad de las Escrituras.

Algunos obran así con disposiciones verdaderamente demasiado hostiles, y juzgan de una manera que no es bastante imparcial. Tienen tanta confianza en los libros profanos y en los documentos del pasado, que los invocan como si no pudiese existir con este motivo ninguna sospecha de error, mientras niegan toda creencia á los Libros Sagrados, á la menor, á la más vana aparición de inexactitud, y esto mismo sin ninguna discusión.

Á la verdad puede ocurrir que ciertos pasajes, en la impresión de las diversas ediciones, no se encuentren repro-

ducidos de una manera absolutamente justa. Esto es lo que debe estudiarse con cuidado, lo que no debe ser admitido fácilmente, á excepción de los puntos en los cuales el hecho ha sido convenientemente probado.

Puede ocurrir también que el sentido de algunas frases continúe dudoso: para determinarlo, las reglas de la interpretación serán de gran auxilio, pero será absolutamente funesto; ya el limitar la inspiración á algunas partes de las Escrituras, ya en el conceder que el autor sagrado se haya engañado.

Tampoco se puede tolerar el método de aquellos que se libran de estas dificultades no vacilando en conceder que la inspiración divina no se extiende sino á las verdades que conciernen á la fe y las costumbres y á nada más. Piensan equivocadamente que cuando se trata de la verdad de los avisos no es preciso buscar principalmente lo que ha dicho Dios, sino examinar más bien el motivo por el cual ha hablado así.

En efecto, todos los libros enteros que la Iglesia ha recibido como sagrados y canónicos en todas sus partes han sido escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo. Por lo tanto, es preciso que no pueda unirse ningún error á la inspiración divina, que no sólo ésta excluye por sí misma todo error, sino que igualmente excluye y repugna necesariamente, tan necesariamente como Dios, soberana Verdad, no puede ser autor de ningún error.

Tal es la antigua y constante creencia de la Iglesia, definida solemnemente por los Concilios de Florencia y de Trento, confirmada por fin y más expresamente expuesta en el Concilio del Vaticano, que dió este decreto absoluto: «Los libros enteros del Antiguo y Nuevo Testamento, en todas sus partes, tales como están enumerados por el decreto del mismo Concilio de Trento, y tales como están contenidos en la antigua edición *Vulgata* en latín, deben ser mirados como sagrados y canónicos. La Iglesia los tiene por sagrados y canónicos, no porque redactados por la sola ciencia humana han sido aprobados inmediatamente por la autoridad de dicha Iglesia; no porque encierran solamente la verdad sin error, sino porque escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen á Dios por autor.

No debe, por lo tanto, preocupar casi en nada que el Espíritu Santo se haya valido de los hombres como de instrumentos para escribir, como si alguna opinión falsa pu-

diese ser emitida, no seguramente por el primer autor, sino por los escritores inspirados. En efecto, Él mismo les ha excitado por su virtud á escribir; Él mismo les ha asistido mientras escribían, de tal manera que ellos concebían exactamente que querían relatar fielmente y que expresaban con una verdad infalible todo lo que les ordenaba y solamente lo que Él les ordenaba escribir.

Tal ha sido siempre el sentir de los Santos Padres. «También—dice San Agustín,—puesto que éstos han escrito lo que el Espíritu Santo les ha mostrado y les ha hecho escribir, no debe decirse que no lo ha escrito Él mismo; éstos, como los miembros, han ejecutado lo que la cabeza les dictaba». (*De cons. Evag.*) San Gregorio el Grande se expresa en estos términos: «Es bien supérfluo buscar quién ha escrito estos libros, puesto que se cree firmemente que el autor es el Espíritu Santo. Ha escrito, en efecto, quien ha dictado lo que era preciso escribir; ha escrito quien ha inspirado la obra».

Dedúcese de esto que aquellos que piensan que en los pasajes auténticos de los Libros Santos puede encerrarse alguna idea falsa, aquellos seguramente ó pervierten la doctrina católica ó hacen del mismo Dios el autor de un error. Todos los Padres y todos los doctores han estado tan firmemente persuadidos de que las Letras Divinas, tales como Nos han sido entregadas por los escritores sagrados, están exentas de todo error, que se han aplicado con mucha ingeniosidad y religiosamente á concordar entre sí y á conciliar los numerosos pasajes que parecen presentar alguna contradicción ó alguna divergencia. (Y éstos son casi los mismos que en nombre de la ciencia nueva se nos oponen hoy).

Los doctores han estado unánimes en creer que estos libros, en su conjunto y en sus partes, son igualmente de inspiración divina, que Dios mismo ha hablado por los autores sagrados y que no ha podido enunciar nada opuesto á la verdad.

Se deben aplicar aquí de una manera general las palabras que el mismo San Agustín escribía á San Jerónimo: «Lo confieso, en efecto, á tu caridad; he aprendido á conceder á los únicos libros de las Escrituras que se llaman ahora canónicos, esta reverencia y este honor de creer muy firmemente que ninguno de sus autores ha podido cometer un error al escribirlos. Y si yo encontrase en estas Santas

Letras algún pasaje que me pareciese contrario á la verdad, no vacilaría en afirmar ó que el manuscrito es defectuoso, ó que el intérprete no ha seguido exactamente el texto, ó que yo no comprendo bien.

Pero luchar plena y perfectamente en medio de las ciencias más importantes para establecer la santidad de la Biblia es mucho más, seguramente, de lo que es justo esperar de la sola erudición de los teólogos. Es, por lo tanto, de desear que se propongan el mismo objeto y se esfuerzen en alcanzarlo los católicos que hayan adquirido alguna autoridad en las ciencias extrañas. Si la gloria que dan de tales talentos no ha faltado jamás á la Iglesia, gracias á un beneficio de Dios, seguramente ella no le faltará tampoco ahora. Pueda esta gloria ir siempre creciendo para el apoyo de la fe.

Creemos que es de la mayor importancia que la verdad encuentre numerosos y sólidos defensores, y nada es tan propio para persuadir á la multitud para que acepte esta verdad como el ver á hombres distinguidos en alguna ciencia dedicarse á ella muy libremente.

Además el odio de nuestros defensores se desvanecerá fácilmente, ó al menos no se atreverán ya á afirmar con tanta seguridad que la fe es enemiga de la ciencia, cuando ellos vean á los hombres doctos rendir á esta fe el mayor honor, tener por ella un vivo respeto.

Puesto que pueden tanto para la Religión aquellos á quienes la providencia ha dado liberalmente un feliz talento y la gracia de profesar la fe católica, es preciso que, en medio de esta lucha violenta, á la cual dan lugar las ciencias que se refieren en alguna manera á la fe, cada uno de ellos elija un grupo de estudios apropiado á su inteligencia, se aplique á sobresalir en ellos y rehace no sin gloria los dardos dirigidos contra las Santas Escrituras por una ciencia impia.

Nos es dulce alabar aquí la conducta de ciertos católicos, quienes á fin de que los sabios puedan entregarse á tales estudios y hacerlos progresar, les facilitan recursos de todas clases, formando Asociaciones á las cuales dan generosamente sumas abundantes.

Este es un empleo de la fortuna desde luego excelente y muy apropiado á las necesidades de la época. En efecto, cuanto menos deben esperar los católicos socorros del Estado para sus estudios, más conviene que la liberalidad

privada se muestre pronto y abundante; mas importa que aquellos á los cuales Dios ha dado riquezas, las consagren á la conservación del tesoro de la verdad revelada.

Mas para que tales trabajos aprovechen verdaderamente á las ciencias bíblicas, los hombres doctos deben apoyarse en los principios que Nos hemos indicado más arriba. Deben retener fielmente que Dios, creador y Señor de todas las cosas, es al mismo tiempo el autor de las Escrituras; nada, por lo tanto, puede encontrarse en la naturaleza, nada en los monumentos de la Historia que esté realmente en desacuerdo con éstas.

Si parece haber alguna contradicción en algún punto, es preciso procurar hacerla desaparecer, ora recurriendo al sabio juicio de los teólogos y de los intérpretes para demostrar lo que hay de verdad y de verosímil en el pasaje con motivo del cual se discute, ora pensando con cuidado los argumentos que á él se oponen. No se debe retroceder ni aún cuando haya alguna apariencia de verdad en la opinión contraria; en efecto, puesto que lo verdadero no puede en manera alguna contradecir á lo verdadero, se puede estar cierto de que se ha deslizado un error, ya en la interpretación de las palabras sagradas, ya en otra parte de la discusión; y si no se distingue bastante claramente una de estas dos faltes, es preciso esperar antes de definir el sentido del texto.

Efectivamente, durante largo tiempo se han levantado en montón contra las Escrituras numerosas objeciones sacadas de todas las ciencias, y se han desvanecido después enteramente como sin valor alguno.

Del mismo modo en el curso de la interpretación se han propuesto numerosas explicaciones á ciertos pasajes de la Escritura no concernientes á la fe ni á las costumbres que un estudio más profundo ha permitido luego comprender de una manera más justa, más clara. Porque el tiempo destruye las opiniones y las invenciones nuevas, pero la verdad permanece siempre.

Por esta razón, como nadie puede lisonjarse de comprender toda la Escritura, á propósito de la cual San Agustín decía de sí mismo que ignoraba más que sabia, cuando alguno encuentre en ella pasajes demasiado difíciles para poderse los explicar, tenga la prudencia y la paciencia que el citado doctor exige. «Vale más—dice éste—estar carga-

do de signos desconocidos y útiles que envolver su cabeza, al tratar de interpretarlos inútilmente, en un caos de errores después de haber sacudido el yugo de la sumisión».

Si los hombres que se dedican á estos estudios auxiliares siguen honesta y sabiamente Nuestros consejos y Nuestras órdenes; si en sus escritos, en sus enseñanzas y en sus trabajos se proponen combatir á los enemigos de la verdad y preservar á los jóvenes de la pérdida de la fe, entonces será cuando puedan vanagloriarse de servir verdaderamente el interés de las Sagradas Letras y suministrar á la Religión católica un apoyo tal como la Iglesia tiene derecho á esperar de la piedad y la ciencia de sus hijos.

He aquí, Venerables Hermanos, las advertencias y los preceptos que Nos, inspirado por Dios, hemos resuelto daros en esta ocasión relativamente al estudio de la Sagrada Escritura. A vosotros toca ahora velar para que sean observados con el conveniente respeto, de suerte tal, que se manifieste más y más el reconocimiento que debemos á Dios por haber comunicado al género humano las palabras de su sabiduría, y á fin de que este estudio produzca al mismo tiempo los frutos abundantes que Nos deseamos, sobre todo en interés de la juventud dedicada al Sagrado Ministerio, juventud que es Nuestro constante desvelo y la esperanza de la Iglesia.

Emplead con ardor vuestra autoridad y multiplicad vuestras exhortaciones á fin de que estos estudios sean honrados y florecientes en los Seminarios y Universidades que dependen de vuestra jurisdicción. Que florezcan pura y felizmente bajo la dirección de la Iglesia según las saludables enseñanzas y los ejemplos de los Santos Padres, siguiendo la costumbre de nuestros antepasados; que hagan en el transcurso del tiempo tales progresos; que sean verdaderamente el apoyo y la gloria de la verdad católica y un don divino para la salvación eterna de los pueblos.

Nos, por último, advertimos con amor paternal á todos los discípulos y á todos los Ministros de la Iglesia que cultiven las Sagradas Letras con un respeto y una piedad vivísimos. Porque su inteligencia no puede abrirse como es necesario de una manera saludable si no echan fuera la arrogancia de la ciencia terrenal, y si no emprenden con ardor el estudio de esa «sabiduría que viene de lo alto».

Una vez iniciados en esta ciencia, alumbrados y robustecidos por ella, su espíritu tendrá un poder extraordinario hasta para reconocer y evitar los errores de la ciencia humana, cosechar sus frutos sólidos y enderezarlos á los intereses eternos. El alma se encaminará de este modo con mayor ardor por las ventajas de la virtud y estará con mayor viveza animada del amor Divino. «¡Dichosos los que averiguan sus testimonios y los guardan con todo su corazón!»

Y ahora Nos, apoyado en la esperanza del divino socorro y lleno de confianza en vuestro celo pastoral, os concedemos con la mayor complacencia en Dios, como prenda de los favores celestes y en testimonio de Nuestra particular benevolencia, la bendición apostólica á todos vosotros; á todo el clero y al pueblo que os está confiado.

Dado en Roma, junto á San Pedro en 18 de Noviembre del año de 1893, décimosexto de Nuestro Pontificado.

LEON XIII, PAPA.

